

LO QUE ME PASA
A MI ES QUE YA NO ME
ACUERDO SI PERTENEZCO
A LAS JUVENTUDES
SOCIALISTAS O A LAS
DE LA C.E.D.A



ASI SE ESCRIBE LA HISTO- RIA (PAYA) DE ESPAÑA

En los flecos informativos de la muerte de Franco, el racismo español, nuestro oculto Harlem, ha vuelto a salir en las páginas de los periódicos, al informarse de la celebración de funerales organizados por los gitanos, de pésames enviados por los gitanos, de coronas encargadas por los gitanos. Mal andamos de igualdad racial cuando sólo nos acordamos de los gitanos en las grandes ocasiones históricas, para decir que «hasta los gitanos» han votado el referéndum, que «incluso los gitanos» han ido a una manifestación, que «también los gitanos» han presentado un candidato de su raza en las últimas elecciones de concejales. En España enseñamos el gitano como en Nueva York se enseña el negro: lejos y en visitas organizadas, porque es peligroso; o al menos, esto es lo que cree mucha gente.

En cuestión de gitanos, aquí no hemos pasado del Camborio y de su vara de mimbre. Los gitanos españoles —aparte de muchas otras desgracias sociales y políti-

cas— cargan con el sambenito de estar siempre en la vida civil de este país yendo a Sevilla a ver los toros. A Sevilla a ver los toros o a cortar limones para tirarlos al río: éstas son las dos grandes opciones civiles que la sociedad española ha concedido a los gitanos. Lorca o nada. Y cuando unas damas catequistas dan un piso a los gitanos, todos se ponen la mar de contentos al ver que se ha «integrado» a unos calés. Pero, ¿qué es lo que hay que integrar, y quien a quién? ¿Por qué han de ser siempre los gitanos los apaleados, los perseguidos, los encarcelados, los huidos, los protegidos, los promovidos, los asistidos, los integrados?

Yo pienso algunas veces qué ocurriría si viviéramos en una España Calé en lugar de en una España Cañí y Paya. En esa España Calé que me imagino, los betuneros serían payos, y los anticuarios, y los tratantes de ganado, y los que venden el plástico nada más que para fastidiar a los rapsodas el romance fácil del mimbre y el bronce. Pienso en una España Calé donde lo raro fuera que hubiera un torero payo, y un concejal payo, y una recitadora paya, y un pintor payo, y un cura payo, y una monja paya. Y que los periódicos dijieran de vez en cuando: «En un convento de Jerez hay una monja paya. Hace vida normal con la comunidad y no se le nota

AH, PUEBLO...

ME parece que era Tartarín de Tarascón (una de aquellas lecturas obligatorias de mi infancia) quien lo decía en cierto momento: «Ah, pueblo, y cuán fácil es gobernarte». En la medida en que seguimos siendo tartarinescos, tarasconianos (no taranconianos, aunque también un poco) e infantiles, esta frase sigue siendo verdad.

Los mismos alemanes que en la noche del III Reich aclamaban a Hitler, en la mañana de la libertad aclamaban a la democracia. (Estoy leyendo estos días a Günter Grass, que lo cuenta mediante el testimonio de un caracol: el caracol es una espiral que anda, todo lo contrario de una cruz gamada, garrapata que no anda, y eso es mío y no de Günter Grass). Los mismos españoles que despedían a don Alfonso XIII con lágrimas en los ojos, recibían la República en la Puerta del Sol con algaraza de nochevieja que cayese en abril. ¿O no eran los mismos españoles?

Bueno, pues por si no eran los mismos españoles, pondremos el ejemplo con portugueses: los mismos portugueses que aclaman hoy a Cunhal, aclamaban ayer a Spínola, y por eso el pobre Cunhal no puede fiarse y a veces le salen rana con monóculo. Quiere decirse, viniendo a «acaecer» más recientes y solemnes de la Historia de España, que con el pueblo puede contarse siempre, contra los que forjan el mito del pueblo ingobernable, y que la gente está deseando participar en la Historia, con tal de que la Historia sea gratis.

Aquella España que se acostó monárquica y se levantó republicana. Esta España que se acostó franquista y se ha levantado monárquica. Las dos Españas. Las mil Españas. La tira de Españas. No, no son tantas Españas. Es, más bien, como en el teatro pobre de Grotowski, que siempre somos los mismos haciendo diferentes papeles. De modo que las adhesiones sentimentales del pueblo sólo valen como tales, como sentimentalismo sobrante o integrante de la Historia. Pero no se pueden ni se deben capitalizar políticamente, porque no son política, sino sentimiento, razones del corazón que la razón política no debe comprender o capitalizar. Una cosa es gobernar con sentimientos y otra gobernar con votos. Gobernar con sentimientos parece más seguro, pero a la larga resulta más sensato gobernar con votos.

Y hasta más barato. ■

UMBRAI

